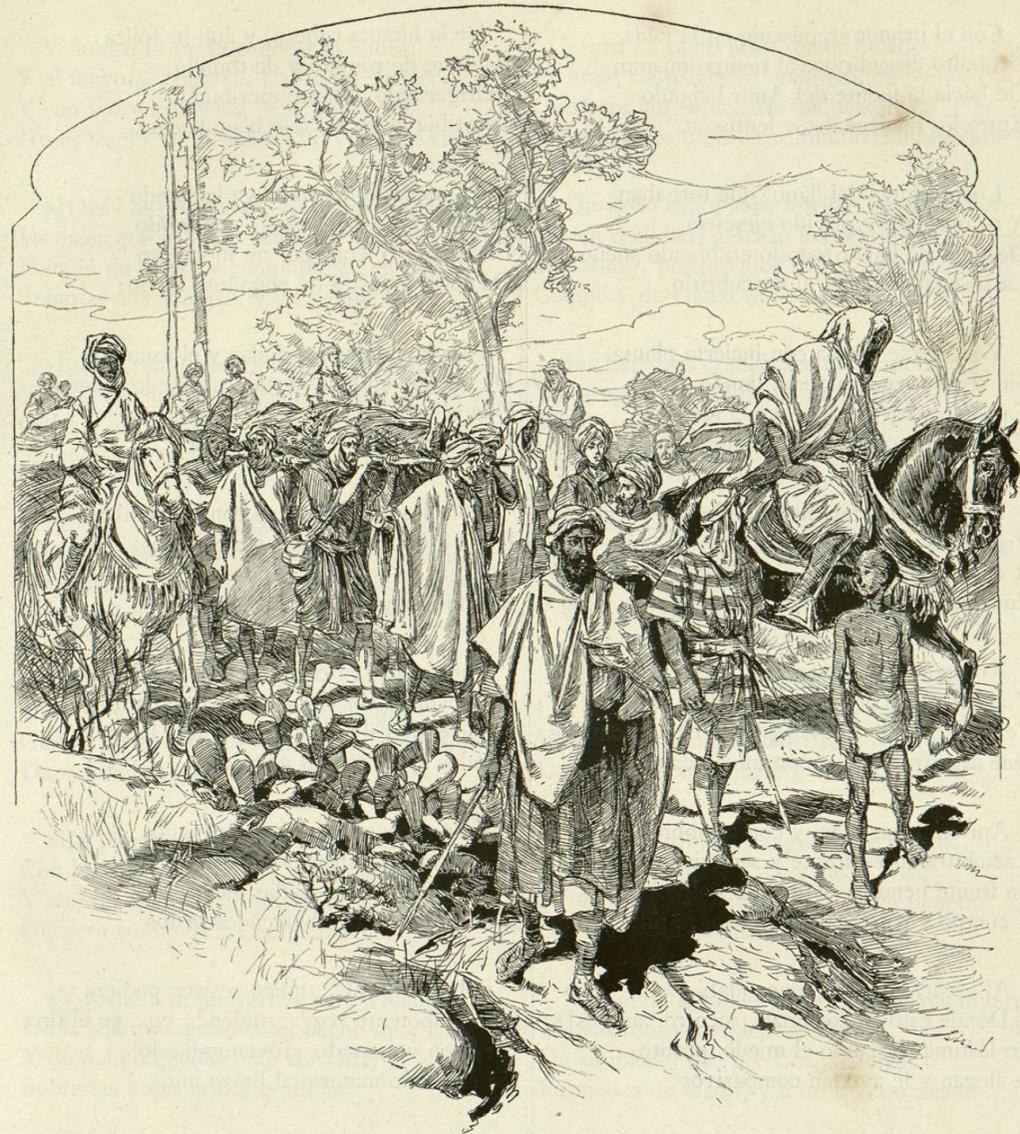


De tan grande importancia, destinado  
De monstruos á purgar la esclava tierra,  
Y á ejercer la venganza de los cielos  
Por gloriosos peligros de alta prueba;

Forman un monte inmenso, que separa  
Pasado y porvenir de su existencia,  
Y lo que fué, ocultando, un mar descubre  
Borrascoso y envuelto en vaga niebla.



### ROMANCE QUINTO

En medio de los jinetes  
Viene un monumento armado,  
Y dentro del monumento  
Viene un ataud de palo,  
Y dentro del ataud  
Venía un cuerpo finado.

Leida la carta ó letra, cayó  
En tierra, privada de fable y sentido.  
Y de todo punto el ánima dió,  
Non menos llagada que la triste Dido.  
E luego las otras el mas dolorido  
Duelo comenzaron, que jamás se falla  
Ser fecho en el mundo...

*Romance antiguo.*

*Comedieta de Ponza, obra inédita  
del marqués de Santillana.*

La fresca aurora de risueño nácar  
Tiñó las nieblas, que del ancho rio  
A coronar se alzaron en la noche  
De la ciudad los régios edificios;

Y sus primeros rayos, en la cima  
De la alta sierra al matizar los riscos,  
La caravana fugitiva vieron,  
En que Mudarra va tras su destino.

Con el primer crepúsculo en la falda  
Un bulto descubrióse al tiempo mismo,  
De hácia la fuente del Amir bajando  
Entre los madroñales y lentiscos.

Los pastores del llano, que tornaban  
A su inocente y plácido ejercicio,  
Despues de haber pasado en blando sueño  
La sosegada noche, al descubrirlo,

Y al ver se acerca con incierta planta,  
Sin seguir senda alguna, dando giros,  
Cayendo y levantando; en él los ojos  
Casi con sobresalto tienen fijos.

Los mastines tambien que lo advirtieron,  
Vigilantes alzando sus ladridos,  
A encontrarle volaron. Dos zagales  
Con piedras contenerlos y con silbos

No pudiendo lograr, tras ellos corren;  
Y al acercarse al sospechoso sitio,  
Ven que el bulto es un negro de anchos hombros,  
Que arrastraba un ropon medio caído.

Aproximanse más, y con asombro  
Encuéntranlo espirante y semivivo,  
La frente hendida de furioso golpe,  
Y cuerpo y ropa y todo en sangre tinto.

Al escucharle con penoso labio,  
«¿Dónde estoy? exclamar, ¡socorro, amigos!»  
En lástima tornando el miedo, pronto  
Se llegan y le ayudan compasivos;

Y calmando el furor de los mastines,  
Sobre los hombros sácanle al camino,  
Y no sin gran trabajo le conducen  
Con lento paso al pastoril abrigo.

Pronto fué en él de todos los pastores,  
Ya extendida la luz, reconocido  
Por Muley, el diestrísimo flechero,  
Esclavo de Giafar y favorito.

Pámanse al verle en tan terrible estado,  
Y el viejo mayoral de aquel aprisco  
Examina la herida peligrosa,  
Que mana sangre entre los toscos rizos

De la hirsuta cabeza, y aún le aplica  
Bálsamo de romero y de tomillo;  
Refrigerando al triste moribundo  
Con tibia leche el labio blanquecino.

El infeliz, que estaba ya luchando  
Con las postreras ansias, sumergido  
En desmayo letal, por un momento  
Da corta muestra de engañoso alivio;

Para aumentar las dudas y el asombro  
De los que en torno están, ansiando indicios  
Que aclaren, si la herida del esclavo  
Es golpe vil de bárbaro asesino.

Abre los ojos pues, ya con las sombras  
De la muerte vidriados y marchitos:  
Los gira en rededor, y no conoce  
Al viejo mayoral que le da asilo.

Tuerce los brazos, hierve su hondo pecho.  
Tiemblan ya sin vigor los miembros frios,  
Y haciendo esfuerzos impotentes, lanza  
Agudos ayes, roncós alaridos;

Y de repente alzarse procurando,  
Con claras muestras de mortal delirio,  
Tales palabras dislocadas dice,  
Interrumpidas con horrendos gritos:

«Mandado fui... ¿quién resistir pudiera  
Su omnipotente voz?... ¿quién?... yo... yo el tiro  
Erré con voluntad... ¡Jóven gallardo!  
No era dado matarte al brazo mio.

»Mas ¡ay! yo le engañé... ¡qué horror!»... Tor-  
Su débil voz en áspero alarido, (nóse  
Y derribóse sobre toscas pieles,  
Envuelto en espantoso parasismo.

El viejo mayoral de nuevo aplica  
Leche á los labios, y con un rocío  
De agua fresca humedece el negro rostro  
Del infeliz, que helado y convulsivo

Da vuelcos, sin que puedan dos pastores  
Sus miembros sujetar. Al fin rendido,  
Quedó como un cadáver: luégo vuelve  
En sí más sosegado, más tranquilo,

Y muestras da de conocer la choza,  
Y al mayoral tambien. Lanza un suspiro,  
Y con voz desmayada: «Sí, prosigue,  
No es sueño, ni ilusion... ¡ah! yo lo he visto.—

»¿Qué? le preguntan. Escuchad, responde:  
Despues que el brazo injusto y vengativo  
Hendió mi frente y confundióme en tierra,  
Sonaron dos alfanjes, y un gemido.

»Luégo reinó silencio... En sed ardía,  
Y en la cercana fuente hallar alivio  
Quise... Me esfuerzo, y sin vigor arrastro  
Mi cuerpo por las ramas y los riscos.

»Llego al lugar ansiado, y de repente  
En tierra desangrado... ¡qué horror!... miro  
A Giafar!—¡A Giafar!» los circunstantes  
Repiten á una voz despavoridos,

Al escuchar tan poderoso nombre.  
«Sí, prosigue Muley; Giafar, amigos,  
Giafar, no me engañé, que en su semblante  
Daba la luna; y á su lado mismo

»En pié se alzaba formidable espectro,  
Con los desnudos brazos extendidos,  
Y con tal apariencia, que yo al verle,  
Quisiera confundirme en el abismo.

»Y torné á desmayarme, ya olvidado  
De la sed que abrasaba el pecho mio,  
Y de nuevo quedé como sin vida,  
Sobre las hojas áridas tendido.

»Mas despues de un gran rato recobréme,  
Volví á ver á Giafar claro y distinto,  
Entre confusa turba de fantasmas,  
Que le arrastraban, prorumpiendo en gritos

»De gozoso furor, por un gran lago  
De sangre, que inundaba aquel recinto;  
Y las palmas batian, con risadas  
Del otro mundo; y con los labios fijos

»Ví muchas de ellas en la horrenda herida  
Del pecho de Giafar cárdeno y frio  
Beber la sangre; y otras desgarraban  
La llaga, ya honda sima.» El semi-vivo

Negro no pudo más: terror helado  
Le atajó las palabras; confundidos  
Quedaron de escucharle los pastores,  
Y en nueva convulsion se hundió el mezuquino.—

¡Oh justo cielo! ¿tan terrible escena  
Vió en realidad? ¿Acaso los sentidos  
De Muley, perturbados con la herida,  
Cómplice de Giafar en los delitos,

Sus bárbaras crueldades no ignorando,  
Y entregado al influjo de un delirio,  
Miró cual ciertos en aquel instante  
De su imaginacion los extravíos?

¿Acaso de la sierra leñadores,  
O habitantes tal vez desconocidos,  
De Giafar el cadáver circundaron;  
Y el negro, desangrado y sin juicio,

Víctima del terror, sombras, fantasmas  
Los juzgó sin cordura? ¿Acaso quiso  
La justicia tremenda del Eterno  
Las terribles venganzas y castigos,

Que á los tiranos sanguinarios guarda,  
Descubrir á un esclavo; y darle aviso  
Por medio tal al mundo?... ¡Quién penetra  
Del Sér omnipotente los designios!

No volvió á hablar Muley: la helada muerte  
Tomó pronto completo señorío  
De su mísero cuerpo. Los pastores,  
Pasmados de terror, y á un tiempo mismo

De confusion dudosa, nada pueden  
Con certeza inferir de lo que ha dicho.  
Que Giafar está muerto, y su cadáver  
Insepulto no léjos de aquel sitio,

Coligen sólo; pero ¿quién dió el golpe?  
¿Quién ha sido el mortal de tanto brio,  
Que á tal coloso hirió? Quieren incautos  
Los zagales, cual jóvenes sencillos,

Ir á buscar los míseros despojos  
Del supremo Wacir; mas, advertido,  
El mayoral anciano los contiene,  
Temiendo de tal paso los peligros.

Ya el sol sus claras luces extendía  
Por la inmensa llanura, y el bullicio  
De la noble ciudad llenaba el aura;  
Cuando de los mastines los ladridos,

Y de hombres, de caballos, de lebreles  
El confuso rumor que allí vecino  
Retumba, los pastores escuchando,  
A Muley dejan, que el postrer suspiro

Lanzaba en aquel punto. De la choza  
Salen curiosos, y de flecha á un tiro  
Ven tropa de gallardos cazadores,  
Que á la ciudad dirigen su camino

En desórden confuso, y que pasaron  
Junto al redil. En ayes y alaridos  
Van desahogando el corazón algunos;  
Otros al alto cielo y hondo abismo

Van pidiendo venganza. Entre la turba  
Seis esclavos á pié, de tosco pino  
En palanquin humilde, con ramajes  
Formado, blandas jaras y carrizos,

Llevan sobre los hombros un cadáver  
De formidable aspecto, en sangre tinto,  
Desgarradas las ropas, descubierto  
El semblante, marcado con el signo

De la reprobacion. ¡Ay! Giafar era,  
Que aunque muerto, inspiraba el miedo mismo,  
Que cuando el cetro ó la invencible lanza  
Empuñando, era númen de exterminio.

De aquella tropa que el cadáver lleva,  
Era jefe Zeir el tunecino,  
Al que ofreciera el bárbaro difunto  
A Kerima inocente en sacrificio.

La anterior tarde en que citó á Mudarra,  
Por medio de Muley, Giafar inicuo  
Para la fuente del Amir, creyendo  
Que iba en salvo á lograr su atroz designio;

Fingió que á disponer iba en la sierra  
Una gran caza, y á Zeir le dijo,  
Que á la mañana con los suyos fuese  
A reunirse con él en aquel sitio.

Sin duda que encontraran del flechazo  
Allí á Mudarra traspasado, quiso;  
Así encubrir el alevoso golpe,  
Y achacarle del monte á forajidos;

Mas la trama execrable el justo cielo  
Omnipotente y vengador previno,  
Y do creyó Giafar lograr un crimen,  
Halló su confusion y su castigo.

A la primera luz de aquella aurora  
El gallardo Zeir, que en el castillo  
De Almodóvar gozaba el dulce otoño;  
De un loco amor jamás correspondido

La posesion tiránica y terrible  
Esperando lograr; con sus amigos,  
Cazadores, ballestas y lebreles,  
De la cita al lugar corre prescrito.

Agil adelantándose á su tropa,  
Al avistar los árboles altivos,  
Que del Amir la fuente sombreaban,  
Puso á galope el potro berberisco;

Y sonando entre jaras y mimbreras  
El dorado metal de los estribos,  
Y hollando juncias y húmedos helechos,  
Llegó solo hasta el rústico recinto,

De do asustado con su estruendo, alzóse  
Volando un buitre, ensangrentado el pico,  
Y un voraz lobo huyó por las malezas;  
El potro al verlos, receloso, esquivo,

Ambas orejas adelante inclina,  
Lanza por la nariz de fuego un rio,  
En las flexibles piernas derribado,  
Pone los brazos cual puntales fijos,

Y espeluzna la crin. Al punto siente  
Del agudo acicate el duro aviso,  
Y se enarmona, y resoplando fiero,  
Un matorral espeso y de un gran pino

El derribado tronco salva, y entra  
De la fuente en el corto circuito.  
Asombrado Zeir, halla un cadáver  
Ante sí de repente: compasivo,

Más bien horrorizado, los arzones  
Desocupa ligero: confundido  
Reconoce á Giafar nadando en sangre,  
Y la sierra atronó con ronco grito.

¡Oh, cuál halló al Wacir!... Que reluchando  
Con ansias espantosas y martirios,  
En desesperacion arrojó el alma,  
Cualquiera, al encontrarle, hubiera dicho:

Segun los rastros de esparcida sangre  
Que cruzaban el prado, al ver teñidos  
Tambien de sangre de la humilde fuente  
Las flores y raudales cristalinos,

Tronchados los arbustos, arrancadas  
Las cortezas de sauces y lentiscos,  
Y el lívido cadáver destrozado,  
Casi desnudo del ropaje rico,

La barba llena de sangriento lodo,  
Con mil cárdenos golpes contundido,  
El pecho hinchado, y la espantosa herida  
Destrozada en reedor. Tal el navío,

Que asombro fué de mares y riberas,  
Extendiendo soberbio su dominio  
Por cuanto alumbra el sol, y que potente  
Pavor impuso al cielo y al abismo;

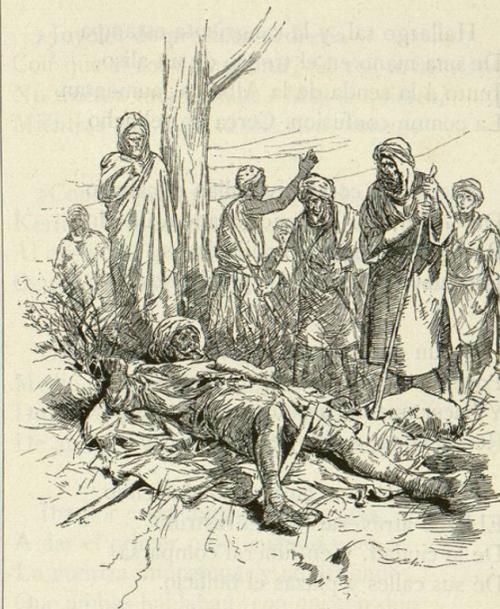
Del rugiente huracan arrebatado,  
De un rayo vengador al cabo herido,  
Y de las ondas con furor hinchadas  
Tornado en ira su respeto antiguo,

Azotado; al través sobre la costa  
Da en noche oscura, entre ásperos bajíos:  
Y á la mañana encuéntrase volcado,  
Trizas hecho el velámen, los erguidos

Mástiles rotos, el costado abierto,  
Solo y abandonado, del Destino  
Inexorable mísero despojo,  
Del ponto que humilló, burla y ludibrio.

Llegó de bulliciosos cazadores  
Pronto la alegre turba, y mudo y frio  
Halla, el horrendo cuerpo contemplando,  
Sin aliento y color á su caudillo.

En todos difundiéndose al instante  
Igual terror y un pensamiento mismo,  
En silencio circundan el cadáver,  
Sobre él los ojos espantados fijos.



Tal turba de pastores, en la orilla  
Del mar, desde las rocas el navío  
Naufragado miraran, contemplando  
Cuán grandes y tremendos habrán sido

De los descadenados elementos  
El esfuerzo, el furor y el poderío,  
Cuando vencer lograron tal coloso,  
Y al mundo libertar con su exterminio.

Pasado el estupor y asombro incierto,  
Que un horrible espectáculo imprevisto  
Siempre ocasiona, procuraron todos  
Buscar del matador algun indicio.

Una flecha clavada está en un tronco;  
Mas no hay otro ninguno en aquel sitio,  
Y parece la herida ser de alfanje  
De aguda punta y de delgado filo.

Entre los matorrales otro lago  
De fresca sangre encuentran, y caidos  
En ella un arco y un carcaj: dos prendas  
Que conocidas fueron al proviso